

José Gregorio Hernández, nuestro Académico Santo

Enrique Santiago López-Loyo



Figura 1. El último registro fotográfico de San José Gregorio Hernández, realizado en 1917. Tomada de la Gaceta Médica de Caracas. Volumen 27, Número 3, 1920.

ORCID: 0000-0002-3455-5894

Editor en Jefe de la Gaceta Médica de Caracas. Individuo de Número Sillón XXXI de la Academia Nacional de Medicina de Venezuela, Caracas 1012, Venezuela. E-mail: lopezloyoe@gmail.com

El domingo 19 de octubre de este año 2025, en la Plaza de San Pedro en la Ciudad del Vaticano, el papa León XIV realizó el acto de canonización de siete nuevos santos de la Iglesia Católica, pero con la significación de que dos de ellos nacieron en Venezuela, una mujer y un hombre. La mujer, la Santa Madre Carmen Rendiles, fue una religiosa dedicada a la catequesis y a la educación de niños y adolescentes en situación de vulnerabilidad social, con una historia de fe en su intercesión ante las peticiones de sus fieles creyentes y con dos milagros certificados por la Iglesia. Por otra parte, el hombre fue un médico y laico que, desde el momento de su muerte, vivió bajo un aura de santidad y se convirtió en una leyenda popular. Ese hombre, San José Gregorio Hernández (Figura 1), fue un médico de extraordinaria formación y desempeño profesional como científico, filósofo y docente universitario, quien, para orgullo de nuestra Corporación, fue uno de los treinta y cinco Académicos Individuos de Número fundadores de la Academia Nacional de Medicina en 1904, ocupando el Sillón XXVIII. Al menos en Hispanoamérica, esto constituye un hecho destacable e inédito.

Si tratamos de caracterizar la figura del ahora Santo y Académico venezolano, Dr. José Gregorio Hernández, se pueden dejar fuera de ese marco referencial muchos aspectos fundamentales de una vida plena de acciones, interacciones, aproximaciones, encuentros formativos, empatía profesional, la compasión, el amor por una profesión y la decisión inmovible de ejercer la

fe, conjugada en verbo o acción de vida. Nuestra apreciación es el resultado de analizar las huellas de un hombre atemporal, es decir, quien pudo haber nacido en cualquier momento de la historia. Sin duda, merecedor del título de Santo otorgado por la Iglesia Católica, porque cultivó su vida con una personalidad profundamente religiosa y piadosa, expresada en el mandato cristiano. Vivió en un país que nunca estuvo en paz, siempre en crisis, de tal manera que fue influenciado por un contexto histórico conflictivo y que tocaba las dimensiones del caos sociopolítico.

Nuestro personaje nace en el pueblo de Isnotú, Estado Trujillo, en Los Andes venezolanos, el día 26 de octubre de 1864, hijo de Benigno María Hernández Manzaneda y Josefa Antonia Cisneros Mansilla.

José Gregorio Hernández nos puede evocar de forma directa elementos de convicción religiosa, sin embargo, estamos en presencia de un intelectual excepcional, cuya formación Académica le permitió expresarse en su desempeño personal en múltiples temas que abarcaron desde profundos conceptos teológicos anclados en principios filosóficos incuestionables, hasta aspectos políticos, elementos conceptuales de ciencias básicas, fundamentos de salud pública, pedagogía aplicada, atención primaria de salud y medicina basada en evidencia.

El forjamiento de su personalidad es producto del contexto geográfico, político y familiar que le rodeó. La crianza austera, las obligaciones como varón en una casa de campo, como buscar el agua en el pozo en plena madrugada antes de que los animales la enturbaran, actividad que realizó entre los 8 y los 14 años, hasta salir hacia Caracas en busca de su formación académica. Aquel niño que pierde tempranamente a su madre y ve regresar al seno de su familia extendida a su tía religiosa, Sor Ana Josefa del Sagrado Corazón de Jesús, expulsada de su convento por la rencilla política del entonces Presidente, General Antonio Guzmán Blanco, con la Iglesia Católica. Su madre, fallecida cuando contaba 8 años, y esa tía en particular inculcaron en él la fe que lo impulsó hasta su muerte. Un hecho poco difundido es que descendía por la vía materna del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá. Además, por su vía familiar paterna emparentaba con el

Santo Hermano Miguel de las Escuelas Cristianas, cuyo nombre era Francisco Luis Florencio Febres-Cordero Muñoz. Por otra parte, guardaba un profundo respeto por su figura paterna y por las orientaciones que lo encaminaron al tránsito correcto hacia el éxito.

El joven convino con su padre en trasladarse a Caracas para formarse en una profesión que le permitiera ayudar a muchas personas. Sin embargo, aunque inicialmente pensó en ser Abogado, Don Benigno le recordó que debería ser Médico en honor al recuerdo de su madre y de su compromiso con los pobres y enfermos. Inició su formación en el Colegio Villegas de Caracas, realizando sus estudios en la modalidad de internado, y fue premiado en tres ocasiones por su calidad intelectual y su conducta. Egresó como bachiller en filosofía el 25 de mayo de 1882.

Terminó de estudiar medicina a los 23 años, en junio de 1888, y se trasladó inicialmente a su tierra andina para ejercer su profesión, en cuyo camino se encontró con innumerables tropiezos y sinsabores. Se convierte en víctima de la diatriba política y se enfrenta a quienes practicaban una medicina obsoleta, así como a quienes se dedicaban a la brujería, lo cual impacta en sus principios religiosos. En medio de estas dificultades que considera insalvables, decide regresar a la capital del país. Ya en ese tiempo hablaba latín, que cultivó desde su escolaridad en el Colegio Villegas, además de francés, inglés, portugués y alemán.

Bajo la Presidencia del Dr. Juan Pablo Rojas Paúl se decreta la construcción de un nuevo Hospital Nacional, escogiéndose la estructura arquitectónica similar a la del Hospital Larisière de París. El Dr. Hernández es elegido por su excelente desempeño en la carrera para ser becado y trasladarse a Francia. Es así como llega a la Escuela de Medicina de París en noviembre de 1889, donde cursa tres períodos de preparación formal hasta julio de 1891, lo que hoy se denomina especialización de posgrado. Además de la misión formativa, el Dr. Hernández fue comisionado para la adquisición de toda la dotación de equipos, mobiliario técnico e insumos para lo que sería el primer laboratorio científico de Venezuela, que originalmente se ubicaría en el Hospital Nacional de Caracas, denominado finalmente Hospital "Dr. José María Vargas". Este laboratorio serviría no

solamente para establecer pautas de diagnósticos que sirvieran a los pacientes del hospital en un país diezmado por patologías infecciosas endémicas como la fiebre amarilla y la malaria, sino que también cumpliría con el propósito de iniciar la formación científica de los médicos de la Escuela de Medicina de la Universidad Central de Venezuela, en donde José Gregorio Hernández sería uno de sus catedráticos más destacados.

París era considerada la meca de formación profesional por excelencia, no solo en las ciencias médicas, sino también como epicentro de todas las áreas del saber y como referente de los movimientos culturales de la época.

Los estudios del Dr. José Gregorio Hernández se inician en el Laboratorio de Histología de la Escuela de Medicina de París, entre noviembre de 1889 y julio de 1890. Estaba dirigido por el eminente Dr. Mathías-Marie Duval, catedrático de la Facultad de Medicina de París. Su laboratorio estaba equipado con todo lo fundamental para realizar, bajo los protocolos más avanzados, el procesamiento e interpretación de tejidos normales y patológicos, siguiendo principios de técnicas histológicas conocidas hasta entonces.

Su segunda pasantía la realizó en el Laboratorio de Fisiología Experimental, entre julio de 1890 y febrero de 1891. Esta vez, bajo la tutoría del catedrático Charles Robert Richet, discípulo de Claude Bernard y a quien en 1913 fue otorgado el Premio Nobel de Fisiología y Medicina, en conjunto con Paul Portier, en reconocimiento a su investigación sobre la anafilaxis, concepto que fundamenta la teoría inmunológica.

La tercera fase formativa del Dr. José Gregorio Hernández la cursó en el Laboratorio de Bacteriología, de la Cátedra de Patología Experimental y Comparada de la Facultad de Medicina de París, entre febrero de 1891 y julio del mismo año. Este laboratorio estaba bajo la dirección de Isidore Straus, alumno del científico consagrado Luis Pasteur, quien actualizó y tradujo al francés la obra magistral "Patología celular" del maestro alemán Rudolf Virchow, padre de la Patología Celular.

El Dr. Strauss ya era un profesional consagrado y colaboró con Emile Roux, bacteriólogo e inmunólogo francés, también alumno de Pasteur, quien descubrió la toxina diftérica tras realizar ensayos y experimentos sucesivos.

José Gregorio Hernández culminó su entrenamiento en julio de 1891 en este tercer laboratorio visitado y, en ese momento, el gobierno le comunicó que debía regresar a Caracas debido a la difícil situación política imperante y, posteriormente, planificó su viaje de retorno para noviembre.

Cumpliendo con su misión en diciembre de 1890, el Dr. Hernández ya había enviado una carta al ministro de Instrucción Pública de Venezuela, que dirigía la Salud Pública Nacional en la época, donde especificaba el presupuesto de insumos y materiales para el laboratorio, obtenido de los mismos proveedores de la Escuela de Medicina de París, cuyo monto exacto fue de 12.885,30 Bs., el cual es aprobado en abril de 1891. En esa comunicación José Gregorio Hernández manifiesta: *"En un instituto que estaría al nivel de los más adelantados del mundo científico, puesto que sería una copia exacta del de París"*.

Como no pudo completar su formación en Anatomía Patológica, logra viajar antes de su retorno a Caracas a Madrid, donde organiza una estancia con el maestro y premio Nobel español, el Dr. Santiago Ramón y Cajal, y luego va a Berlín en visita privada, considerada cuna de los estudios anatómicos.

Esta reseña de su paso por la Europa de finales del siglo XIX nos ejemplariza la extraordinaria formación científica del Dr. José Gregorio Hernández, constituyendo un destacado grupo de venezolanos como el Dr. Luis Razetti, quienes diseñaron la llamada Medicina Científica venezolana, dejando atrás años de oscurantismo y prácticas empíricas que no lograban dar soluciones a los problemas de un país inmerso en ciclos interminables de brotes endémicos de patologías propias de su condición de localización en el trópico y con bajos niveles de inversión en la mejora de las condiciones de vida de la población. José Gregorio Hernández había culminado una de sus etapas profesionales más importantes y regresaba al país habiendo sido formado por los maestros y discípulos directos de quienes dieron forma a los cambios más trascendentes de la medicina contemporánea.

Para su regreso, se presentó el inconveniente de que las instalaciones donde funcionaría el laboratorio en el hospital, aún en construcción, no estaban listas. Por lo que José Gregorio

Hernández solicita si había un espacio en la sede de la Universidad, hoy Palacio de las Academias, y le informan que el único sitio disponible es el terreno del corral de la universidad. Desde París, el Dr. Hernández envía un plano en bosquejo, realizado a mano alzada, en el que detalla la distribución de lo que sería su laboratorio, idéntico al de la Escuela de Medicina de París.

Regresa al país en noviembre de 1891, luego de supervisar el embarque de los insumos adquiridos, y, a su llegada, funda el Laboratorio de Histología normal y patológica, bacteriología y fisiología experimental, a la par que crea las cátedras homónimas destinadas a la enseñanza en la Universidad Central de Venezuela.

Ese joven médico con ánimo desbordante, de solo 26 años de edad, trajo más de 200 equipos, reactivos, cristalería, estantes, estufas, hornos, destiladores y otros insumos de laboratorio, entre ellos 4 microscopios apocromáticos marca Zeiss y otro de microfotografías, el cual si fue el primero en Venezuela, además de micrómetros, micrótomos, baños de flotación, equipos para vivisecciones de animales para prácticas de laboratorio, tensiómetros, calibradores de pH, entre otros. Además, hasta los mesones y las banquetas eran idénticos a los laboratorios de París. Adicionalmente, trajo consigo numerosos libros de texto y protocolos de laboratorio, puestos a disposición de alumnos y docentes de la universidad.

A su llegada, el ambiente era difícil. Tenía que instalar un laboratorio de Patología, Bacteriología y Fisiología Experimental en un país todavía atrasado, no solo en el ámbito sociopolítico, sino también por el estado de la infraestructura y los servicios. No existía una provisión adecuada de electricidad ni de gas para sus mecheros, ni espacio suficiente en la universidad para instalar los muebles y demás equipos. Realmente era una tarea titánica. Tenía que ponerse de acuerdo con los otros profesores para comenzar a dictar algunas materias que ya se impartían en la Universidad, lo que les generaba la natural desconfianza por considerarse desplazados. La situación política dio lugar a una dictadura que retrasó los estudios universitarios durante 10 años, entre 1912 y 1922.

Entre las aulas y este laboratorio impartió docencia práctica y realizó estudios diagnósticos

durante 18 años, a veces pagando los gastos de su mantenimiento, y el Bachiller Rafael Rangel fue su preparador exclusivo y discípulo entre 1899 y 1903.

En 1895, cuatro años después de su llegada de Francia, el Presidente Joaquín Crespo inauguró el tan anhelado hospital con las cátedras clínicas y quirúrgicas. Pero no fue sino hasta 1902 que se inició el laboratorio del Hospital Vargas, y José Gregorio Hernández delegó en Rangel su dirección. Cuando fallece trágicamente el bachiller Rafael Rangel, el Dr. Hernández se encarga de dirigirse al laboratorio y, tras su muerte, le sucede su sobrino, el Dr. Inocente Carvallo. Ese laboratorio, ubicado donde funcionó un humilde corral, fue, sin duda, el precursor de todos los institutos de investigación del país, tales como el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) y los institutos adjuntos a todas las universidades nacionales.

A partir de la instalación en su laboratorio, desarrolló actividades asistenciales, realizando diagnósticos a pacientes del sistema público de salud, y actividades docentes, incorporando por primera vez herramientas de comprobación fisiológica en las prácticas y elementos de diagnóstico morfológicos mediante la realización de autopsias, citologías y biopsias, con protocolos de cito e histotecnología inéditos en el país.

En relación con su obra publicada, esta describe fielmente la estatura Académica de José Gregorio Hernández, además de sus escritos de filosofía, en el área de la docencia e investigación médicas, realizó 22 publicaciones, donde se identifican varios formatos, siendo las más frecuentes las guías de estudios, la mayoría publicadas en esta, nuestra Gaceta Médica de Caracas, la revista biomédica más antigua de Venezuela que se editó por primera vez en 1893, bajo la dirección del Dr. Luis Razetti y que al decretarse la creación de la Academia Nacional de Medicina en 1904, pasó a ser su órgano divulgativo. También se identifican, de su autoría, libros y otros artículos sobre temas específicos.

El ser un médico con la capacidad de combinar el examen clínico completo a sus pacientes con investigaciones que incluían hematología completa, gota gruesa y extendido sanguíneo, examen coproparasitológico, citologías y biopsias, entre otros, era un excelente médico

con acierto diagnóstico y por lo tanto trataba de forma correcta con los recursos de la época y eso conducía a que sus pacientes o se curaban o mejoraban y aquellos con casos terminales fallecían con menos sufrimientos por terapias complementarias aplicadas y el acompañamiento de aquel hombre junto a la cama del enfermo, tomando su mano. Esta situación lo convertía en un medio de expresión popular, con definiciones como "...el Dr. Hernández es un santo", porque además acompañaba a sus pacientes con oración y asistía diariamente a los templos para orar por sus enfermos, sus familias y su país.

Ya era un hombre considerado, con aura de santidad, que, al morir trágicamente, se convirtió en un mito. José Gregorio Hernández adquiere "fama de santidad" y es progresivamente reconocido por la Iglesia católica como Siervo de Dios en 1972, Venerable en 1986 y, posteriormente, como Beato en 2021, en un largo proceso iniciado en 1949. Para esta última instancia, se realiza el proceso de exhumación para obtener sus reliquias y recuperar sus restos óseos. El milagro reconocido en esa última instancia como Beato se verificó con la acción inexplicable para la ciencia sobre una niña de 10 años de edad del sur del Estado Guárico, en Venezuela. Tras un ataque por delincuentes, la niña recibe un disparo a próximo contacto en la región temporal por un arma de fuego artesanal, su madre solicitó la intercesión de José Gregorio Hernández y finalmente tras ser intervenida quirúrgicamente esta se recupera sin secuelas motoras o sensoriales, habla a los cuatro días posteriores a la intervención y a los 20 días egresa de alta movilizándose por sus propios pies. En su lecho de enfermo, justo antes de morir, el Papa Francisco firma el decreto de canonización de José Gregorio Hernández, sobre la base de su veneración y fama de santidad, extendidas en más de 80 países.

Podríamos concluir que el Dr. José Gregorio Hernández, desde temprano en su evolución como médico, comprendió la importancia de la ciencia y de comunicar sus experiencias en el ejercicio de la profesión mediante sus publicaciones. Fue el precursor científico que, junto al Dr. Luis Razetti y otros grandes prohombres, cambió el paradigma de la enseñanza de la medicina basada en evidencias en el país; por lo tanto, fue un visionario de la proyección que Venezuela podría alcanzar bajo el imperio de la ciencia y la tecnología. Proyectándose como un científico integral por ser precursor de especialidades de la biomedicina tan diversas como la Anatomía Patológica, la Patología experimental, la Parasitología, la Microbiología y la Hematología.

En su desempeño profesional fue un fiel alumno de la Escuela Francesa en su dedicación a la atención sobre la cama del enfermo, analizando su situación clínica, dándole valor a su entorno social y sus precariedades, por lo tanto es un precursor de lo que se llamó cien y más años después, como la estrategia de la Atención Primaria de Salud.

Fue un apóstol del principio básico del ejercicio médico, coincidente con la norma cristiana, por ser compasivo, por generar empatía rápidamente o por ponerse siempre en el lugar de los demás, acompañando su sufrimiento. Ello lo llevó a irradiar la paz y el sosiego que los pacientes necesitaban en momentos de angustia y tribulación.

Fue un médico verdaderamente integral, portador de una formación única, forjado en la más importante escuela de medicina de su tiempo, y que vino a dar forma al ejercicio de una medicina apegada al cristianismo, conjugando la ciencia y la fe.

José Gregorio Hernández, Our Saint Academic

Enrique Santiago López-Loyo



Figure 1. The last photographic record of Saint José Gregorio Hernández was taken in 1917. Taken from *Gaceta Médica de Caracas*. Volume 27, Number 3, 1920.

ORCID: 0000-0002-3455-5894

Chief Editor of the *Gaceta Médica de Caracas*. Chair Number Individual XXXI of the National Academy of Medicine of Venezuela, Caracas 1012, Venezuela. E-mail: lopezloyoe@gmail.com

On Sunday, October 19, 2025, in St. Peter's Square in Vatican City, Pope Leo XIV canonized seven new saints of the Catholic Church. Of particular significance is that two of them were born in Venezuela: a woman and a man. The woman, Saint Mother Carmen Rendiles, was a nun dedicated to the catechesis and education of children and adolescents in vulnerable situations. Her intercession on behalf of the petitions of her faithful followers is well-known, and the Church has recognized her for two certified miracles. The man, Saint José Gregorio Hernández (Figure 1), was a physician and layman who lived under an aura of sanctity from the moment of his death, becoming a popular legend. He was a doctor with extraordinary training and professional achievements as a scientist, philosopher, and university professor. To the pride of our institution, he was one of the thirty-five founding members of the National Academy of Medicine in 1904, occupying Chair XXVIII. At least in Latin America, this constitutes a remarkable and unprecedented event.

Suppose we attempt to characterize the figure of the now Saint and Venezuelan Academic, Dr. José Gregorio Hernández. In that case, we may overlook many fundamental aspects of a life filled with actions, interactions, approaches, formative encounters, professional empathy, compassion, love for his profession, and an unwavering commitment to practice his faith, expressed in words or actions throughout his

life. Our appreciation is the result of analyzing the traces of a timeless man, that is, one who could have been born at any point in history. He is undoubtedly deserving of the title of Saint bestowed by the Catholic Church because he cultivated his life with a profoundly religious and pious personality, expressed by the Christian mandate. He lived in a country that was never at peace, always in crisis, and was thus influenced by a conflicting historical context that touched upon the dimensions of sociopolitical chaos.

Our subject was born in the town of Isnotú, Trujillo State, in the Venezuelan Andes, on October 26, 1864, the son of Benigno María Hernández Manzaneda and Josefa Antonia Cisneros Mansilla.

José Gregorio Hernández may directly evoke elements of religious conviction; however, we are in the presence of an exceptional intellectual whose academic training allowed him to express himself in his personal work on multiple topics ranging from profound theological concepts anchored in unquestionable philosophical principles to political aspects, conceptual elements of basic sciences, foundations of public health, applied pedagogy, primary health care, and evidence-based medicine.

The shaping of his personality is a product of the geographical, political, and familial context that surrounded him. His austere upbringing, with his duties as a boy in a country house—feeding water from the well in the dead of night before it became contaminated by the animals—were tasks he performed between the ages of 8 and 14, until he left for Caracas to pursue his education. This boy lost his mother early in life. He saw his aunt, Sister Ana Josefa of the Sacred Heart of Jesus, return to his extended family after she was expelled from her convent due to the political conflict between then-President General Antonio Guzmán Blanco and the Catholic Church. His mother, who died when he was 8, and this aunt in particular, instilled in him the faith that sustained him until his death. A little-known fact is that he was descended, on his mother's side, from Cardinal Francisco Jiménez de Cisneros, founder of the University of Alcalá. Furthermore, on his father's side, he was related to Saint Brother Miguel of the Christian Schools, whose name was Francisco Luis Florencio Febres Cordero Muñoz. On the other hand, he held a deep respect for his

father figure and his guidance that led him to the right path towards success.

The young man agreed with his father to move to Caracas to pursue a profession that would allow him to help many people. However, although he initially considered becoming a lawyer, Don Benigno reminded him that he should become a doctor in honor of his mother's memory and her commitment to the poor and sick. He began his studies at the Villegas School in Caracas, attending boarding school, and received three awards for his intellectual excellence and conduct. He graduated with a Bachelor of Arts degree in Philosophy on May 25, 1882. He finished his medical studies at the age of 23, in June 1888, and initially returned to his Andean homeland to practice medicine. Along the way, he encountered countless obstacles and setbacks. He became a victim of political diatribes and clashed with those who practiced outdated medicine, as well as with those who practiced witchcraft. This conflicted with his religious principles, and amidst these difficulties, which he considered insurmountable, he decided to return to the nation's capital. Even at that time, he spoke Latin, which he had cultivated since his schooling at the Villegas School, in addition to French, English, Portuguese, and German.

Under the Presidency of Dr. Juan Pablo Rojas Paúl, the construction of a new National Hospital was decreed, with an architectural structure like that of the Laborisère Hospital in Paris being chosen. Dr. Hernández was selected for his excellent academic performance to receive a scholarship and move to France. He arrived at the Paris School of Medicine in November 1889, where he completed three periods of formal training until July 1891, which is now known as postgraduate specialization. In addition to his teaching duties, Dr. Hernández was commissioned to acquire all the equipment, technical furniture, and supplies for what would become Venezuela's first scientific laboratory, which was initially to be located in the National Hospital of Caracas, ultimately named the "Dr. José María Vargas" Hospital. This laboratory would serve not only to establish diagnostic guidelines for hospital patients in a country decimated by endemic infectious diseases such as yellow fever and malaria but would also fulfill the purpose of initiating the scientific training

of physicians at the School of Medicine of the Central University of Venezuela, where José Gregorio Hernández would become one of its most distinguished professors.

Paris was considered the mecca of professional training par excellence, not only in the medical sciences, but also as the epicenter of all areas of knowledge and a benchmark for the cultural movements of the time.

Dr. José Gregorio Hernández's studies took place in the Histology Laboratory of the Paris School of Medicine between November 1889 and July 1890. It was directed by the eminent Dr. Mathias-Marie Duval, professor at the Faculty of Medicine of Paris. His laboratory was equipped with everything necessary to perform, under the most advanced protocols, the processing and interpretation of normal and pathological tissues using histological techniques already known at that time.

His second internship was at the Laboratory of Experimental Physiology, from July 1890 to February 1891. This time, he was under the tutelage of Professor Charles Robert Richet, a disciple of Claude Bernard, who in 1913 was awarded the Nobel Prize in Physiology or Medicine jointly with Paul Portier, in recognition of their research on anaphylaxis, a concept that underpins immunological theory.

The third phase of Dr. José Gregorio Hernández's training took place at the Laboratory of Bacteriology, Chair of Experimental and Comparative Pathology at the Faculty of Medicine in Paris, between February and July 1891. This laboratory was under the direction of Isidore Straus, a student of the renowned scientist Louis Pasteur, who updated and translated into French the seminal work "Cellular Pathology" by the German master Rudolf Virchow, the father of Cellular Pathology.

Dr. Straus was already an established professional and collaborated with Emile Roux, a French bacteriologist and immunologist who was also a student of Pasteur. Roux had discovered the diphtheria toxin after conducting successive trials and experiments.

José Gregorio Hernández completed his training in July 1891 at the third laboratory he visited. At that time, the government informed

him that he had to return to Caracas due to the problematic political situation prevailing. He subsequently planned his return trip for November. Fulfilling his mission in December 1890, Dr. Hernández had already sent a letter to the Venezuelan Minister of Public Instruction, who was then in charge of national public health, specifying the budget for supplies and materials for the laboratory. This budget, obtained from the same suppliers as the Paris School of Medicine, totaled 12,885.30 Bs., and was approved in April 1891. In that communication, José Gregorio Hernández stated: "This institute would be on par with the most advanced in the scientific world, as it would be an exact copy of the one in Paris." Since he was unable to complete his training in Pathological Anatomy, he managed to travel to Madrid before returning to Caracas. There, he arranged a stay with the renowned Spanish Nobel Prize winner, Dr. Santiago Ramón y Cajal, and then made a private visit to Berlin, considered the cradle of anatomical studies. This account of his time in late 19th-century Europe exemplifies the extraordinary scientific training of Dr. José Gregorio Hernández. He was part of a distinguished group of Venezuelans, including Dr. Luis Razetti, who shaped what became known as Venezuelan Scientific Medicine, leaving behind years of obscurantism and empirical practices that failed to address the problems of a country mired in endless cycles of endemic outbreaks of diseases characteristic of its tropical location and with low levels of investment in improving the population's living conditions. José Gregorio Hernández had completed one of the most critical stages of his professional career and was returning to Venezuela, having been trained by the direct mentors and disciples of those who shaped the most significant changes in contemporary medicine.

Upon his return, a problem arose: the facilities for his laboratory at the still-under-construction hospital were not yet ready. Therefore, José Gregorio Hernández inquired whether there was space available at the University headquarters, now the Palace of the Academies, and was informed that the only available site was the university's former corral. From Paris, Dr. Hernández sent a hand-drawn sketch detailing the layout of what would become his laboratory, identical to that of the Paris School of Medicine.

He returned to the country in November 1891 after overseeing the shipment of the purchased supplies. Upon his arrival, he founded the Laboratory of Normal and Pathological Histology, Bacteriology, and Experimental Physiology, while also establishing the corresponding professorships at the Central University of Venezuela.

That young doctor, brimming with enthusiasm and only 26 years old, brought over 200 pieces of equipment, reagents, glassware, shelves, stoves, ovens, distillers, and other laboratory supplies, including four Zeiss apochromatic microscopes and a photomicrograph microscope—the first of its kind in Venezuela—as well as micrometers, microtomes, flotation baths, animal vivisection equipment for laboratory practice, tensiometers, pH calibrators, and more. Even the workbenches and stools were identical to those used in laboratories in Paris. He also brought numerous textbooks and laboratory protocols, which he made available to the university's students and faculty.

Between the classrooms and this laboratory, he provided practical instruction and diagnostic studies for 18 years, sometimes covering his own maintenance expenses. Bachelor Rafael Rangel was his exclusive tutor and student between 1899 and 1903.

In 1895, four years after he arrived from France, President Joaquín Crespo inaugurated the long-awaited hospital, which featured clinical and surgical departments. However, it wasn't until 1902 that the Vargas Hospital laboratory opened, and José Gregorio Hernández delegated its direction to Rangel. When Bachelor Rafael Rangel tragically passed away, Dr. Hernández took over the laboratory, and after his death, it was succeeded by his nephew, Dr. Inocente Carvallo.

Upon his arrival, the atmosphere was challenging. He had to establish a Pathology, Bacteriology, and Experimental Physiology laboratory in a country that was still lagging, not only sociopolitically, but also in terms of infrastructure and services. There was an inadequate electricity supply, no gas for his burners, and insufficient space at the university to install the necessary furniture and equipment. It was truly a Herculean task. He had to reach

an agreement with the other professors to begin teaching some subjects that were already being taught at the University, which naturally generated distrust among them, as they felt displaced. The political situation saw the rise of a dictatorship which delayed university studies for 10 years, between 1912 and 1922.

From the moment he established his laboratory, he developed clinical activities, performing diagnoses on patients in the public health system, and teaching activities, incorporating for the first time physiological verification tools into practical exercises and morphological diagnostic elements through autopsies, cytology, and biopsies using cyto- and histotechnology protocols unprecedented in the country. That laboratory, located in what had once been a humble corral, was undoubtedly the precursor to all the country's research institutes, such as the Venezuelan Institute for Scientific Research (IVIC) and the institutes affiliated with all the national universities.

Regarding his published work, it faithfully reflects the academic stature of José Gregorio Hernández. In addition to his philosophical writings, he produced 22 publications in the area of medical teaching and research, in various formats, the most frequent being study guides. The majority of these were published in this, our *Gaceta Médica de Caracas*, the oldest biomedical journal in Venezuela, first published in 1893 under the direction of Dr. Luis Razetti. Upon the creation of the National Academy of Medicine in 1904, it became the official publication of the academy. He also authored books and other articles on specific topics. Being a doctor with the ability to combine a complete clinical examination of his patients with investigations that included complete blood counts, thick and thin blood smears, stool parasite examination, cytology, and biopsies, among others, made him an excellent physician with accurate diagnoses. He treated his patients correctly with the resources of the time, which led to their recovery or improvement, and those with terminal cases died with less suffering due to the complementary therapies applied and the presence of this man at their bedside, holding their hand. This situation made him a figure of popular expression, with descriptions such as "...Dr Hernández is a saint", because he

also accompanied his patients with prayer and attended churches daily to pray for his patients, their families, and his country.

He was already considered a man with an aura of sanctity, and his tragic death transformed him into a myth. José Gregorio Hernández acquired a “reputation for holiness” and was progressively recognized by the Catholic Church as a Servant of God in 1972, Venerable in 1986, and then as Blessed in 2021, in a long process that began in 1949. For this final stage, the Exhumation Process was carried out to obtain his relics and recover his skeletal remains. The miracle recognized for this final stage, his beatification, occurred through an inexplicable action involving a 10-year-old girl from southern Guárico state in Venezuela. Following an attack by criminals, the girl was shot at close range in the temple with a homemade firearm. Her mother prayed for the intercession of José Gregorio Hernández, and after surgery, she recovered without any motor or sensory impairments. She spoke four days after the operation and was discharged 20 days later, walking on her own. On his deathbed, just before

passing away, Pope Francis signed the decree of canonization for José Gregorio Hernández, based on his veneration and reputation for holiness, which extended to more than 80 countries.

We could conclude that Dr. José Gregorio Hernández, from early in his development as a physician, understood the importance of science and of communicating his experiences in the practice of his profession through his publications. He was a scientific pioneer who, along with Dr. Luis Razetti and other notable figures, revolutionized the paradigm of evidence-based medical education in the country. Therefore, he was a visionary of the potential Venezuela could achieve under the influence of science and technology. He distinguished himself as a well-rounded scientist, pioneering diverse biomedical specialties, including Anatomical Pathology, Experimental Pathology, Parasitology, Microbiology, and Hematology. Throughout his career, he closely adhered to the principles of the French School, dedicating himself to patient care and carefully evaluating each individual’s clinical condition.